

# Las deconstrucciones de Robert Anglada

Maria Lluïsa Borràs

Robert Anglada dio a conocer su pintura en los años sesenta situándola desde el principio, entre las aportaciones más válidas de su generación. En 1962 con motivo de haber obtenido el premio "a la Pintura Joven" en el Noticiero de Barcelona se leía: "Robert Anglada, un muchacho alto, con el pelo revuelto y caído sobre la frente, muy a la 'nueva ola' tiene diecisiete años". Se matriculó en la Escuela Massana y sólo asistió el primer mes porque lo que quería era pertenecer a alguna escuela para poder participar en aquel premio. A la pregunta de cuáles eran sus pintores preferidos, citó a Picasso y de Tàpies dijo que no alcanzaba a comprenderlo. Ahora dice que Tàpies tuvo una importancia decisiva en el arte de aquellos años y que ha conservado hasta hoy, intacta, su suprema elegancia. Recién cumplidos los 19 años, en octubre de 1963, el Cercle Maillol, creado en el seno del Instituto Francés y dirigido por Josep Maria de Sureda, le concedía una beca para estudiar en París. Aquellas becas significaban un pasaporte y una puerta abierta inapreciable en la cerrazón de la gris y triste postguerra pero los artistas eran dejados a su propia suerte y durante su estancia debían ganarse la vida. Ello representó un estímulo indudable que, unido al hecho de que el "Salón de Maig" le aceptó una obra, contribuyó a su decisión firme de dedicarse de lleno a la pintura. En Barcelona fue el benjamín de tres ediciones sucesivas del "Salón de Maig" (1963, 1964 y 1965) y también en una exposición itinerante a tres bandas, es decir, conjuntamente con Joan Durán y Ramosoquí, todos entonces en la cresta de la ola, que le ganaron un puesto en el arte catalán no convencional. La obra que había presentado al Cercle Maillol obtuvo premio pero no fue expuesta posteriormente, como fijaban las bases, por ser "demasiado erótica". La crítica calificaba su obra de "desconcertante" y él declaraba: "Cuando me pongo ante la tela, nunca sé lo que va a salir ni cómo hacerlo... nunca pretendo transmitir un mensaje, sólo trato de impregnarla de mis emociones, de mis sentimientos e incluso de mis opiniones". Decla, además, que no hacía diferencia entre abstracto y figurativo a la vez que se interesaba por la gráfica, aguafuerte y litografía, de preferencia. A partir de entonces, el pintor se veía proyectado en Europa con exposiciones en París o en Lyon, amén de una larga lista de ciudades germanas como Bermen, Wörpswede, Seedorf, Zven o Stade. Expuso incluso en Kandahar, Afganistán. En 1982 viendo en él a un pintor que evocaba situaciones en conflicto y un choque de generaciones "con más rebeldía que esperanza", Cirià vinculaba en la revista gerundense "Presencia" la obra desgarrada de Robert Anglada, nada menos que a la de Francis Bacon, observando que como él "defendía la imagen única manual, frente la estereotipada de los mass media". Por entonces, el pintor se había instalado en la Garrotxa y a partir de imágenes sacadas de la realidad, pintadas a veces incluso de acuerdo con la tradición, iniciaba un proceso de deconstrucción a merced del azar, de modo que la obra final podría diferir fundamentalmente del planteamiento inicial. En 1990 se

produce el reencuentro de Anglada con Joan Durán que habían coincidido en París en el mayo del 68, que habían seguido trayectorias muy opuestas: Anglada se había afincado en un pueblo de La Garrotxa y Durán después de recorrer el sudeste asiático vivía en un pequeño país entonces en formación, en Belize en la península del Yucatán. Ambos inauguraban la remodelación del espacio expositivo de la capilla del Hospital de la Santa Cruz con una exposición conjunta de los últimos cinco años que titulaban *Inesperot*. Xavier Rubert de Ventós escribía: "Son ellos los verdaderos indígenas de los sesenta que en lugar de acumular nostalgia se han tomado -ganado- la libertad de ser indígenas en cualquier lugar del mundo".

Las pinturas que reunimos en esta exposición dibujan una trayectoria apasionada, que aumenta año tras año su intensidad y que transcurre por caminos de una introspección auténticamente sentida. Es curioso observar que en un principio sí en los dibujos de los años sesenta da fe de su facilidad y pericia: el trazo es rápido y espontáneo, buscando una traducción potente de la realidad, en la pintura del mismo periodo deja, en cambio, la realidad de lado, en favor de la expresividad, acercándose de toda evidencia a Francis Bacon, como en el *Ritmes* de 1960 o en *Hombres* de 1964, pero a la vez, apostando por la abstracción (*Abstracte*, 1964). Como todo artista en formación son unos años en que explora diferentes posibilidades expresivas y en ocasiones se contiene y se limita a una línea y colorido sutil de extraordinario lirismo. Pero a partir de 1969 con su *Auto-retrato* inicia una osada deconstrucción de la forma, jugando con el cromatismo, haciendo gala de sus dotes de excelente colorista. Este proceso de deconstrucción prosigue en la fecunda década de los setenta, dominada por un refinado y, en ocasiones, velado erotismo, valiéndose con soltura de la fragmentación de la forma, forzando con ello la intervención del espectador que se ve inducido a recomponer la imagen en su mente. Quizá parezcan menos intensas sus composiciones posteriores cuando, en ocasiones, hace su aparición una presencia del realismo en la descripción de los rostros. Aunque siempre arrebatado y expresionista, en su pintura fundamentalmente gestual y automática, entremezcla figuras humanas, paisajes y toda suerte de imágenes en una deconstrucción de la forma que se avanza indiscutiblemente a la aparición de la deconstrucción como tal en nuestros días. Como Francis Picabia la pintura de Anglada representa el cambio constante, odia la repetición y explora un estilo llevándolo a las últimas consecuencias. Lo que hace surge de forma automática, de modo que es capaz de realizar, tras una pintura figurativa de colores suaves y matizados, una composición inquietante llena de misterio para emprender sin dilación una composición informalista torturada y angustiosa. Puede hacer que los elementos figurativos parezcan surgir al azar de formas del inconsciente más sincero y profundo. Es maestro en la exaltación de la sensualidad y el erotismo así como en la creación de mundos fantásticos cuando no fantasmagóricos. Los ingredientes que se hallan, al parecer, en la base de su obra son una imaginación desbordada, los pinceles que maneja con entera libertad y su pasión por la pintura: "No soy un pintor, soy un hombre. Un hombre que pinta porque lo necesita, salga bien o salga mal, sea consciente de ello o no lo sea pero nunca para gustar a la gente". Formando un tejido, a veces compacto, otras tremendamente difuso, la pintura de Robert Anglada refleja siempre un mundo interior que se nutre de la deconstrucción de una realidad entrevista, sin disimular ni la agresividad, ni la crueldad ni el erotismo, sino poniendo en ellos el máximo acento.